

dad! ¡Fuente de toda hermosura! ¡Aquí al pie de este arroyuelo, quisiera desfallecer, contemplando tus grandezas y admirando tus bondades!



III.

A orillas del mar.

H BISMADA la mente con la contemplación de tus grandezas, tomo asiento ¡oh mi Dios! sobre esta roca solitaria que besan las olas del Océano, para mirar en su vasta superficie la imagen de tu inmensidad.

¿Quién es, Dios de mi corazón, el impío que te desconoce, ó el malvado que se atreve á negar tu existencia, si fija sus ojos en ese cielo azulado, ó en las verdes aguas del ancho mar? El cielo es pabellón de tu trono tachonado de estrellas; y el mar la alfombra de tus plantas bordadas

por los vientos bramadores, y los rayos del sol convertidos en hebras de finísimo oro.

¡Qué hermoso, Señor, es el mar y cómo publica tus grandezas! En él veo agitarse y ondular la brillante extensión de las aguas, levantar las olas sus crestas hacia el sol resplandecientes como diamantes, y caer después al abismo para levantarse de él más ufanas: oigo el ruido estrepitoso que forman al chocar en las rocas de la playa, y veo los festones caprichosos de su blanca espuma. ¡Qué bello, Señor, es el mar y cómo publica tus grandezas!

Cuando lo veo manso y tranquilo como las aguas de un lago; cuando blandamente vienen sus olas una tras otra á estrellarse en la orilla con dulce murmullo; cuando está quieto y sosegado, brindando á los mortales con abundante pesca, ó refrescándolos con sus brisas perfumadas; ¡oh! entonces, mi Dios, me habla el mar de tu bondad y mansedumbre infinita, entonces tiendo á placer mis ojos por su llanura y veo en ella la imagen de tu clemencia y benignidad.

Mas cuando lo veo levantar al cielo sus

olas enfurecidas, bramando con inmenso bramido, que llena los espacios; cuando sus aguas bullidoras hierven, levantando espumoso oleaje, y amenazando tragarse las ligeras naves que pasean por su plateada superficie; cuando llenas de furor se lanzan sobre indefensos bajeles para hundirlos y hacer que los traguen las fauces devoradoras de sus abismos; ¡ay! entonces me habla el mar de tu justicia é indignación, torpe y vilmente provocada por el pecado del hombre.

Y en uno y otro caso, cuando enfurecido y cuando manso, él me habla de tus grandezas. ¡Sí, Dios mío la extensión de los mares me dá indicios de tu inmensidad! pero ¡ay! que la voz de sus bramidos es muy apagada para hablar de tus grandezas; el mugido de sus olas al estrellarse en la playa es muy débil y nada dice de tí; el eco espantoso de las tempestades, que pasan tronando sobre sus hirvientes ondas quiere decir algo de tu majestad y poderío; pero no acierta, no. Tu grandeza es mayor, infinitamente más.

*
**

Al mirar la extendida superficie del Océano, se pierde la vista en un horizonte blanquecino que parece un muro celeste, deteniendo la inmensa mole de las aguas; pero yo sé que ese muro es aparente y que el mar se extiende muchísimo más allá de lo que la vista alcanza.

Sé que debajo de las aguas existe la vida en variadísimas formas; que hay en su fondo deliciosos jardines, cercados de bancos de coral y llenos de algas marinas y de árboles pajizos y jaspeados ocultos entre las ondas azules. Sé que en sus abismos hay valles y montañas, con grutas abiertas en rocas fantásticas, donde fermenta la vida con las formas más extrañas y pululan florestas teñidas de rosicler, cuya sólo vista causaría asombro á los mortales.

Todo eso sabemos que existe en el fondo de los mares; pero ¿quién sabe lo que hay en el abismo sin fondo de tu esencia

increada? ¿Quién ha penetrado sus senos impenetrables? ¿Quién vadeó jamás su piélago inmenso de luz inaccesible?

Tú, mi Dios, eres secretísimo y potentísimo, inmutable y quien todo lo mueve, invisible y que todo lo ves, increado y creador de todo, eterno y hacedor de los tiempos, incomprendible y comprensor de todas las cosas. ¿Quién será capaz de escudriñar los arcanos de tu divinidad? ¿Quién será osado á investigarlos?

¿Quién ante tí parece? ¿quién es en tu presencia Más que una arista seca, que el aire va á romper? Tus ojos son el día, tu soplo la existencia, Tu trono el firmamento, la eternidad tu sér!

¡Oh mar inmenso de bondad divinal! llegue un día en que yo repose en tu orilla para no abandonarla jamás. Llegue pronto el día en que mi alma pueda sumergirse en las profundidades de tu esencia increada. Nade yo en esos abismos de luz, en ese piélago de tu amor infinito, que me hará eternamente feliz. ¡Dichoso el que navega en ese océano de felicidad! y desgraciados

los que nos anegamos en este mar miserable de la vida!

*
* *

¿Qué es la vida del hombre, sino un mar revuelto y agitado con interminables borrascas? ¿Y qué es el hombre, sino frágil barquichuelo que naufraga en el mar de la existencia humana? En él se agita turbulento oleaje de envidias, rencores y mentiras; en él rugen con estruendo la horrible tempestad de las pasiones, y los rayos que esa tormenta lanza son el crimen y la maldad.

¿Qué mar, Señor, hay tan mudable y proceloso como el de la vida? ¿Qué cosa hay en él que en un mismo día no crezca y mengüe, como el flujo y reflujo de las aguas? ¿Qué felicidad hay en él constante? ¿Qué dicha permanente? ¿Quién no sufre en él las tempestades del infortunio? ¡Infeliz del que navega en el mar del mundo y no halla puerto á que acogerse! ¿Seré yo uno de estos infelices? ¡Ay, pobre de mí!

Bajel soy que cruza
las olas amargas
de mar agitado
por fuerte borrasca.
Timón ya no tengo,
ni velas ni jarcias,
ni faro vislumbro,
ni espero bonanza.
¡Piedad, Madre mía!
¡piedad, Virgen Santa!
¡De cierto naufrago,
si tú no me salvas!

La mar se enfurece,
los vientos rebraman,
la costa se aleja,
me arrollan las aguas;
Juguete del Ponto
fenece mi barca,
y aumenta el peligro
y crecen las ansias.
¡Piedad, Madre mía!
¡Piedad, Virgen Santa!
¡De cierto perezco,
si tú no me salvas!

¡Pero me salvarás! ¿Verdad, Madre mía?
Cierto es que navego en el mar del mundo,
donde contemplo sobre mi cabeza un hori-

zonte cubierto de plomizas nubes; donde escucho en torno mío el bramar del huracán; donde veo las olas levantarse á manera de monstruos colosales que desean tragarse el esquife en que cruzo el golfo de la vida; ¡pero, qué importa! A pesar de la borrasca viviré tranquilo, porque el ángel de mi guarda me sirve de piloto; la Inmaculada es la estrella que me rige, el Corazón de mi Dios es el puerto á donde me dirijo; ¿cómo he de perecer?

Ya puede el mundo infame con sus rencores, sus caprichos, sus vanidades, sus intereses y sus pasiones levantar tempestades contra mí; ya puede la marejada hacer de mi barquilla el juguete de las olas; ¿qué importa, si tengo al Corazón de Jesús por puerto, á la Inmaculada por faro y á mi ángel por piloto? ¿Qué importa que el abismo enfurecido amenace tragarme? ¡Yo nada temo, porque mi Estrella siempre luce en el cielo! ¡La Inmaculada no se eclipsa! y la Inmaculada es mi Madre y la estrella del mar en que navego: como estrella me guía, como Madre me bendice y su bendición calma las

tempestades y hará que las olas vengan mansas á besar la proa de mi barquilla, y que las brisas y los huracanes me conduzcan al puerto deseado.

A él me acojo, pues, Salvador mío, ¡porque quiero que la navicilla de mi alma bogue tranquila, sin temor ni zozobra, por el mar revuelto de la vida; y mientras yo camine hacia el puerto de tu Corazón divino, no hay oleaje que me haga fluctuar, ni escollo que no salve; y tranquila mi barquilla cruzará por entre ellos, sorteando las olas y los peñascos con el remo misterioso de la Santa Cruz.

*
**

El día se acaba y con él mis soliloquios á orillas del mar. El sol, próximo á hundirse en el ocaso, parece dormirse sobre un lecho de espumas mecido por las olas bonancibles; y desde allí con sus últimos rayos, da un adiós de despedida á mi blanco Monasterio, medio oculto entre los cipreses,

como pudiera estarlo la pintada oropéndola en su nido de flores.

La brisa del mar mezclada con las sombras del crepúsculo tiende su vaporoso manto sobre la tierra, robando su luz al día, su transparencia á las aguas, su color á las flores y su forma á las plantas, las cuales parece que oscilan agitadas por el leve soplo que mueve con sus alas el Angel de la Noche.

Angel Santo, visita mi morada, aparta de ella las asechanzas del enemigo y guárdala en paz durante la noche; y pues ésta es llegada y el día acabado, acaben también con él mis reflexiones á orillas del Océano.



IV.

Durante la tempestad.

QSTA mañana estaba el cielo sereno, claro el día, el sol radiante y hermoso. Ni una nube empañaba el azul del firmamento: apenas soplabla la brisa, jugueteando con la copa de los árboles: tranquilo estaba el mar, cuyas olas besaban mansamente la arena de la playa: amenos parecían los campos llenos de verdor y lozanía, ostentando sus flores y sus frutos; y las aves ocultas en la enramada ó volando por los aires lanzaban al espacio sus notas no aprendidas, triando dulcemente y llenando el bosque de alegría.

Mas á poco ¡oh Dios mío! la brisa se trocó en viento que ruge, azotando el arbolado; el azul del firmamento se cambió en un toldo de plumizos celajes que se extienden y avanzan hasta formar negros nubarrones que eclipsan al sol; y...

¡Las nubes solamente!
¡Las nubes se acrecientan
Sobre el dormido mundo!
¡Las nubes por doquier!
A cada instante que huye
La lóbreguez aumentan,
Y se las vé en montones
Sin límites crecer.
¡Cuán rápidas se agolpan!
¡Cuál ruedan y se ensanchan
Y al firmamento trepan
En lóbrego montón!
Y el puro azul alegre
Del firmamento manchan
Sus misteriosos grupos
En torva confusión.

Entretanto la mansedumbre del mar se ha convertido en furor, y ya las olas no besan la arena de sus orillas, sino que bravas y agitadas han invadido la playa, antes ri-

sueña y van á estrellarse contra las rocas, cubriéndolas de verde espuma. Buscan una guarida los animales del campo para refugiarse; y los pajarillos no cantan, sino que huyen espantados á guarecerse entre las ramas ó en los viejos y grieteados troncos del arbolado.

El vendaval avanza furioso, arrastrando la hojarasca, azotando las flores, agitando las mieses, tronchando las ramas y arrojando cuanto á su paso encuentra. Todo es juguete de la tempestad que obscurece el horizonte, atruena los espacios y parece que desquicia los fundamentos de la tierra.

Serpentea el relámpago entre las nubes, iluminando con siniestra luz el horroroso cuadro que el mundo ofrece; cruza el rayo por delante de nosotros, calcinando los árboles é incendiando los bosques; y se aumenta nuestro asombro con el estampido del trueno que retumba en el espacio y repercute con eco fragoroso en las hondonadas del valle y en las concavidades de las montañas..

¡Qué transformación, Dios mío! ¡En

dónde está la risueña mañana con que empezamos este día? ¿Qué ha sido de la hermosura del prado y del canto de las aves? ¿En qué ha parado la juvenil alegría de la naturaleza? ¿Qué se ha hecho de la luz que embellecía á las flores? ¿Dónde está el sol radiante que hirió nuestros ojos al despertar? ¡Qué mudanza, Dios mío, qué mudanza! De la luz á las tinieblas, de la calma á la tempestad.

*
**

¿Pero de qué me admiro? Transformaciones como esas y aun mayores, ¿no se obran en el hombre cada día? Ayer en los horizontes de mi espíritu amaneció el día claro y sereno; la tranquilidad reinaba en torno mío; iluminaba los ojos de mi alma esa luz divina que todo lo vivifica y hermosea; y durante la oración de la mañana aspiré el ambiente del paraíso, la fragancia de sus flores y las delicias del mundo espiritual. Salí de ella por un camino de rosas, lanzan-

do suspiros al aire y cantando mi dicha, como la canta el jilguero trinando alegre en las floresta de un jardín.

Pocas horas después soplaban ya los aires del averno, levantando polvareda que ciega los ojos del alma; aparecieron las nubes de la tribulación, obscureciendo su horizonte. Comenzó á rugir el huracán de las pasiones, huracán más terrible que los que se desencadenan en el espacio; brilló con fatídico fulgor el relámpago entre las nubes del alma; el trueno de la tentación retumbó en la conciencia, ensordeciéndola; y el alma estremecida y espantada luchó con la tormenta, buscándose un abrigo, como pájaro azorado, ó un puerto seguro, como nave combatida que no quiere ser víctima de la tempestad.

Mas no son esas las borrascas que mi alma teme, porque tengo para refugiarme, mientras ellas duran, el manto de la Inmaculada y la llaga del Corazón de Jesús. Y escondida mi alma en el costado de Cristo, como paloma en las aberturas de las peñas; y acogido al manto de María, como nave

anclada en seguro puerto, no temo las tormentas, porque sé que no me arrollará el viento ni me herirá el rayo; sé que esas nubes se disiparán, como el humo en el espacio y que mi cielo aparecerá de nuevo hermoso y radiante, y que las horas se deslizarán otra vez para mí tranquilas y apacibles, si soy fiel á mi Dios.

No son esas las tormentas que mi alma teme, ni esas las borrascas que me causan pavor. Hay otras tempestades más horribles, las que vienen del Aquilón y traen consigo el granizo asolador y el frío de la muerte.

*
* *

Esas tempestades sin nombre se forman con nubes de ilusiones desvanecidas y esperanzas muertas; con vientos de ingraticudes y horribles desengaños; con nubarrones de encendida ira, envidia roedora y odio maldito, que chocan entre sí, produciendo relámpagos que brillan con el fulgor

de la maledicencia, truenos de difamación que llegan á todas partes, rayos que hieren la reputación más bien sentada, y granizada horrible de calumnias que destrozan la honra y el alma.

¡Esas sí que son tempestades horribles! sus rayos se fraguan en los antros infernales, y el demonio mismo los coloca en la negra nube de corazones malvados, envidiosos y ruines; soplan sobre ellos las furias del averno y estalla la chispa que incendia, y con ella la guerra descarada de los malos y la persecución muda y sorda de los buenos, más sensible y más recia de sufrir, porque sus tiros son más certeros para herir en la fama y el honor.

Mas para el alma inocente y de conciencia pura, esa tempestad de infamia no merece ni el honor de ser conjurada, porque rara vez se forman en el horizonte de la vida, sin que aparezca entre sus nubes el iris de la esperanza, colocado por Aquel que pronunció con sus labios mil veces benditos estas consoladoras palabras: *Bienaventurados vosotros, si os calumnian los hombres;*

gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo. Por eso, Dios mío, tampoco temo esas tempestades y me río de ellas, porque sé que tú las permites para purificar la atmósfera que me rodea y alejar de mí los miasmas deletéreos de la vanidad y del apego á las criaturas.

*
**

Las tormentas que temo ahora, oh Dios mío, y en las que jamás quisiera verme envuelto, son otras muy distintas, desconocidas en el mundo, invisibles para todos, menos para la pobre alma que las sufre; tempestades formadas por torbellinos diabólicos que arrastran al alma por tenebrosas regiones, donde monstruos espantables amenazan devorarla y arrancarle la esperanza de salvarse; regiones por donde la infeliz llega muchas veces al borde del infierno, abierto para devorarla, y le parece que descende por sus lóbregas cavernas, donde se vé precisada á lanzar este grito del Profeta: *Dolo-*

011649

res inferni circumdederunt me...! infixus sum in limo profundi et tempestas demersit me.

Dame tú, ¡oh Dios mío! fortaleza y gracia para que esas tempestades no me arrollen. Dame valor para no temer al infierno, aunque lo vea cerca de mí, amenazando devorarme. ¿A qué temerle? Yo confío en que por tu bondad no me envolverán jamás esas pavorosas tempestades; que me tendrás muy por encima de ellas colgado de tu mano, riendo con sonrisa de triunfo y meciéndome sobre sus abismos, como se mece el águila en el espacio, sobre el cráter de los volcanes.

¡Dios mío, en tí espero! ¡en tu bondad confío! no sea confundida mi esperanza.



011649